

Universidad Mayor de San Simón
Facultad de Ciencias Económicas y Sociología
Carrera de Economía

Programa de Cofinanciación para la Cooperación en la Enseñanza
Superior (MHO)

PROGRAMA DE MEJORAMIENTO DE LA FORMACION EN ECONOMIA

**EQUIDAD Y DESARROLLO EN AMERICA
LATINA**

Gerardo Mendoza

Economista Nicaragüense, funcionario de la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL)

Documentos de Reflexión Académica
Número 12, Marzo 2000

promec
Cochabamba Bolivia

EQUIDAD Y DESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

Gerardo Mendoza

La CEPAL -Comisión Económica para América Latina y el Caribe- es una de las comisiones de las Naciones Unidas que tienen la responsabilidad de contribuir con los gobiernos en el desarrollo económico y social, a través de investigaciones, recopilación de información, análisis y propuestas de políticas públicas en una amplia gama de temas económicos, sociales, de infraestructura, medio ambiente. En los últimos años la CEPAL ha enfatizado su trabajo en la necesidad de atender no solamente el necesario crecimiento económico, sino también los problemas de inequidad que persisten en América Latina y el Caribe.

Vamos a comenzar haciendo unas rápidas comparaciones internacionales para situarnos adecuadamente. Es importante situarnos en el concierto de la región, principalmente para los que vivimos en los países chicos, de América Latina y el Caribe. Tanto para Bolivia como para Nicaragua -mi país de origen-, es muy importante lo que pasa en los países más grandes de la región, básicamente: Argentina, Brasil y México.

Pero además es importante situarnos en el concierto internacional y mundial. Así podemos ver cómo se sitúa América Latina y el Caribe en comparación con los países desarrollados y los países de Asia y África. Para mostrar esta situación tenemos algunos indicadores que de alguna manera sintetizan la situación económica y social de la región en relación al mundo.

En términos de población, que es un indicador fundamental del desarrollo económico y social de un país, y sobre todo de la magnitud del reto que implica el desafío del crecimiento económico y la equidad, América Latina se encuentra en medio camino. Mientras a mediados de los 90, los países desarrollados tenían unos 800 millones de personas y Asia-Africa 3.600; América Latina tenía alrededor de 450. En términos del ingreso per cápita, mientras que los países desarrollados tenían un ingreso per cápita

de 20.000 dólares, y los países de Asia-Africa sólo 500 dólares, nuestro ingreso per cápita era de 2.700. Ahora, este ingreso per cápita tiene que ser corregido para poder hacer una estadística comparable a nivel internacional. Para ello se utiliza un mecanismo que equipara el poder adquisitivo. Haciendo esa corrección, la situación mejora tanto para los países africanos y asiáticos, como para los latinoamericanos. Así el ingreso per cápita pasa a 1.500 \$us. para Africa- Asia y 6.000 para Latinoamérica.

Otro indicador importante es el porcentaje de la fuerza de trabajo que se dedica a actividades en el sector agrícola ya que el sector agrícola es un sector tradicional en el cual suele haber baja productividad. En la medida en que un país se desarrolla tiende a reducirse el número de gente que se dedica a las actividades del sector agrario. Este porcentaje en diversas regiones del planeta es el siguiente: 5 por ciento en los países desarrollados; 70 por ciento en los países de Africa y Asia, y en América Latina el 25 por ciento. Hay que señalar que la contribución que hace el sector agrícola a la economía de América Latina y el Caribe es inferior al 25 por ciento; esto indica que la gente que está viviendo en el agro dedicada a las actividades agrícolas tiene una baja productividad y se halla en una situación relativamente peor de bienestar que la gente que se dedica a otras actividades económicas.

Otro indicador es el porcentaje de analfabetismo. Mientras en los países desarrollados el analfabetismo alcanza a no más del 1 por ciento, en Africa llega al 45 por ciento y en América Latina al 15 por ciento. Ahora, aquí tengo que hacer una aclaración. Estas son estadísticas promedio, globales de toda la región; en América Latina somos más de 30 países con situaciones muy distintas y variadas. Entonces, siempre nos ponemos en un aprieto cuando hablamos de América Latina como un conjunto, siendo que hay situaciones distintas y particulares. Entonces, ese 15 por ciento es el promedio de la región; igual debo advertir que ese 1 por ciento de los países desarrollados probablemente es una cifra que está subvalorada ya que se refiere exclusivamente al analfabetismo puro, cuando sabemos que en esos países hay un analfabetismo funcional que es bastante alto.

Entonces, hay que tomar con buen criterio estas cifras que sin embargo sirven para tener una muy valiosa perspectiva general.

Finalmente un último indicador es la esperanza de vida al nacer. En los países desarrollados llega a 76 años, en América Latina a 68, mientras que en los países de Asia y África a 60 años. Nosotros estamos en el medio del concierto mundial en este sentido.

La década de los 80 fue para América Latina una década verdaderamente perdida en términos económicos y sociales. América Latina había venido creciendo a un ritmo bastante dinámico en las décadas del 50, 60 y el 70, con base en tres factores, que suponían nuestra ventaja en aquel entonces: En primer lugar, una explotación no sostenible de nuestros recursos naturales no renovables. Se decía en aquellos tiempos que la gran ventaja comparativa de América Latina era su dotación de recursos naturales no renovables. En segundo lugar, una dotación de recursos humanos no calificados, y por lo tanto baratos, que no había necesidad de calificar. La combinación de ambos factores presentaba una oportunidad interesante para la inversión de capitales extranjeros. Esto nos lleva al tercer elemento: el aprovechamiento del factor capital, muy escaso en América Latina pero abundante en el mundo y que por lo tanto podía venir a América Latina a costos relativamente bajos. Esas eran las ventajas que latinoamérica exhibía y que en la CEPAL las calificamos como espúreas, porque no fueron sostenibles, tal como luego se demostró.

En la medida en que uno de estos factores entró en problemas, como el agotamiento del financiamiento externo con la crisis de la deuda en los años 80, ocurrió una recesión importante, con caída del producto, incremento del desempleo, reducción de los salarios reales, procesos inflacionarios generalizados en toda la región y serios problemas en el sector externo. La detención de la llegada de capitales externos generó problemas financieros en muchos países con quiebras generalizadas de los sistemas financieros. Todo esto generó una crisis que se extendió hasta el año 90, con alcances económicos y sociales muy grandes.

A partir del año 90, los gobiernos de la región consiguieron llevar adelante importantes procesos de estabilización, ajustes y reformas, con la idea de intentar recuperar ritmos de crecimiento sostenido y que fueran significativos como para poder hacer frente a los problemas sociales y económicos. Estos esfuerzos de los gobiernos se acompañaron de un entorno internacional mucho más favorable, una reaparición de liquidez en los mercados financieros internacionales, que permitió que América Latina nuevamente fuera receptora de capitales externos. Eso inició un proceso de recuperación económica que generó una cierta situación de optimismo, y en algunos casos de euforia, en cuanto al éxito que estaban teniendo las reformas estructurales que los gobiernos habían iniciado. Se pensó que una vez recuperado el sistema democrático, una vez que se pusieron en orden los aspectos macro económicos y que se liberaron las fuerzas del mercado, se empezaría a crecer nuevamente, como efectivamente sucedió. Había pues una sensación generalizada de optimismo afirmándose que la recuperación era irreversible, y que dadas las condiciones existentes el Estado poco tenía que hacer; las fuerzas del mercado se estaban encargando con notable éxito de impulsar y alimentar el crecimiento económico.

En ese momento la CEPAL pensó que era conveniente hacer un balance serio ya que no estábamos convencidos que el optimismo y la euforia fueran suficientemente justificados. Pensábamos que había algunos aspectos en la calidad de ese crecimiento económico que ponían en entredicho su sostenibilidad. Básicamente nuestra preocupación consistía en que aunque se estaba creciendo muy dinámicamente no se estaban haciendo avances suficientes en términos de los más graves problemas que dejó la crisis de los 80, principalmente el significativo incremento de la pobreza que pasó de un 35 a un 41 por ciento en términos de hogares. En números se pasó de unos 135 millones de personas pobres el año 80 a unos 200 millones de personas pobres para el 90. Problema importante que nos había dejado la crisis de los 80 que además se acrecentó con una regresiva redistribución del ingreso. La reducción del empleo, la reducción de los salarios reales, los

generalizados procesos inflacionarios hicieron posible una redistribución del ingreso muy adversa, en el sentido que hubo una mayor concentración de la riqueza. América Latina que ya tenía una de las peores distribuciones de ingreso en el mundo llegó a tener en los años 90 la peor distribución del ingreso del mundo. Hoy en día somos la región con la más inequitativa distribución del ingreso con los consiguientes problemas de integración social que a su vez ponen en entredicho las posibilidades de una sostenibilidad social del crecimiento económico. En la medida en que hay desintegración social y gente que se siente marginada de los beneficios del crecimiento económico, las bases sociales del crecimiento económico son vulnerables contribuyéndose a la inestabilidad social que impide que el crecimiento económico se sostenga.

Veamos cómo fue en términos económicos el desempeño de América Latina. En cuanto a la evolución de la demanda agregada desde el 80 hasta mediados del 90 se perciben dos cosas. Primero: la evolución de la demanda y del crecimiento económico durante los 80 no fue negativa todo el tiempo; de hecho en el periodo 84-87 hubo un repunte importante. Sin embargo, cuando miramos el ritmo de crecimiento de la región a lo largo de toda la década encontramos que apenas se creció en 1.2 por ciento. En cuanto a exportaciones e importaciones América Latina tuvo un importante superávit en la balanza comercial, lo cual, en primera instancia, es algo positivo, porque nos permitió enfrentar los pagos de la deuda externa que tuvimos que hacer. Sin embargo este superávit en la balanza comercial no se produjo tanto por un dinamismo de las exportaciones, sino principalmente por un estancamiento de las importaciones. Durante la década de los 90 en América Latina nos vimos forzados a reducir de manera drástica nuestras importaciones. Un superávit en la balanza comercial es positivo en cualquier economía siempre y cuando no afecte la formación bruta de capital, el funcionamiento de la economía y el bienestar general de la ciudadanía. En América Latina nos vimos forzados a no importar al grado de dejar de hacer importaciones que eran esenciales para el mantenimiento de nuestra planta productiva y el bienestar de la gente. Como resultado, en esta década, nos descapitalizamos; en términos productivos, no hubo

formación bruta de capital, sino desinversión, una descapitalización del 2.4 por ciento de lo que teníamos como planta, como aparato productivo.

Como ya se señaló en los años 91-94 se inició la recuperación y conseguimos crecer un 3.6. Pero este crecimiento no ha sido estable. Quiero llamar la atención sobre el desbalance en nuestro comercio exterior que se generó en esos cuatro años de gran dinamismo económico. Las importaciones más que duplicaron a las exportaciones y pasamos de una situación de un superávit a un importante déficit comercial. A medida que se recuperaba el dinamismo económico en la región se manifestaron problemas estructurales económicos y sociales que hicieron que en la medida en que empezamos a recuperarnos nuestro consumo se incrementa descontroladamente. Sucede que cuando las cosas nos empiezan a ir bien en América Latina generamos expectativas extraordinarias que nos hacen consumir de manera desmedida desaprovechando la oportunidad que ese dinamismo económico nos da para fomentar nuestras exportaciones y a la larga los efectos no son los que podrían lograrse en el crecimiento económico.

Ahora bien, uno de los problemas más serios que nos dejó la crisis de los 80 fue el incremento sustancial de la pobreza y el deterioro en la distribución del ingreso.

Cuando vemos la evolución del producto per cápita entre el periodo 78-81 y el año 94 encontramos, en primer lugar, que los países que han tenido una pérdida del ingreso per cápita son los países más pobres de la región: los que tienen un ingreso inferior a 1.700 dólares. Y encontramos que en algunos casos, como Nicaragua, la pérdida del ingreso per cápita es superior al 40 por ciento. Cuando nosotros comparamos lo que pasó en distintos subperíodos dentro ese periodo más grande, nos damos cuenta cómo efectivamente el dinamismo a partir de los años 90 ayudó a mejorar la situación del ingreso per cápita en toda la región, con algunas excepciones. En la mayoría de los países la gran mejora en términos de ingreso per cápita, se da luego del año 91.

Básicamente América Latina salió de la crisis con un problema importante en términos de pobreza. Como ustedes saben uno de los problemas que más determina actualmente las posibilidades de crecimiento económico de cualquier país, es su capacidad de insertarse adecuadamente en la economía mundial. Uno de los temas más hablados en los últimos años es el de la globalización y ella nos lleva a mirar la situación de nuestras economías en el concierto mundial; por eso es cada vez más importante ver no solamente cómo evolucionamos nosotros, sino cómo evolucionamos comparativamente con el resto del mundo. Al respecto, América Latina ha tenido un desempeño bastante inferior al de otras regiones. Desde inicios de los 80 hasta el año 89 América Latina creció por debajo de todos; por debajo del promedio del mundo, por debajo -con mucho- de las economías del Sudeste asiático y por debajo de los países desarrollados pese a la caída en su dinamismo que estos últimos sufrieron.

La situación cambia un poco a partir del año 90, cuando empezamos a crecer por encima del promedio mundial y por encima de los países desarrollados, pero siempre por debajo de las economías más dinámicas, que son las del Sudeste asiático. En el periodo más largo, del año 90 hasta el 98, estamos con un incremento del 3.6 por ciento, que es un incremento razonable, pero que no es suficiente para resolver nuestros problemas fundamentales de equidad y desarrollo. Más adelante vamos a ver que además es un crecimiento muy poco estable, lo cual crea problemas adicionales para la solución de estos problemas.

Ahora, no solamente es importante compararnos con lo que pasa en otros lugares del planeta, también es importante compararnos con nosotros mismos, con nuestra situación previa. En el periodo comprendido entre los años 50 y 70 la economía latinoamericana fue bastante dinámica: crecimos a un promedio de 5.5 por ciento, y en algunos subperiodos crecimos mucho más rápido que el resto del mundo. Sin embargo, después hubo una enorme caída durante los 80, para comenzar luego la recuperación. Todo esto simplemente nos indica que si bien en América Latina hemos podido crecer de manera dinámica, nuestro crecimiento no es sostenible ya que se ha asentado en factores muy vulnerables:

explotación no racional de los recursos no renovables, financiamiento externo y explotación de fuerza de trabajo no calificada. Pese a ello hay que reconocer que tenemos potencial para crecer dinámicamente.

Veamos ahora cómo ha sido el dinamismo desde los años 90. Hay un grupo de países relativamente chico que creció a tasas mayores al 5 por ciento anual en el periodo 91-96. Hay otro grupo razonablemente grande de países, entre los cuales está Bolivia, que crecieron a un ritmo entre el 4 y 5 por ciento, que son ritmos importantes, superiores al promedio, mucho más si se considera que venimos de una recesión profunda. Hay otros países que revelan un crecimiento menos dinámico, pero que también han crecido. Y, hay un grupo de países, fundamentalmente países del Caribe, que han tenido problemas para crecer dinámicamente en este periodo. Y está el caso excepcional de Cuba, país que ha tenido un decrecimiento económico muy importante.

Una de las situaciones que más afectó el pobre desempeño de la región, durante los 80, fue la alta carga que teníamos que pagar por concepto de intereses de la deuda externa. Lo que los años 50, 60 y 70 parecía fantástico, que era la gran posibilidad que tenía América Latina de endeudarse para crecer, se convirtió en una terrible pesadilla a partir del 84, cuando no hubo forma de mantener los flujos de capital para pagar esa deuda. Y, el peso que significaba el pago de los intereses de la deuda fue enorme. En el año 84 tuvimos que destinar más del 35 por ciento del valor de nuestras exportaciones para pagar los intereses de la deuda externa.

Esta situación ha mejorado substancialmente, al grado que a partir de los 90 el tema de la deuda externa dejó de ser parte importante de la agenda de discusiones, aunque, los problemas de la deuda han reaparecido recientemente en el Ecuador. Pero en general la situación mejoró mucho. Una de las razones que alivió la situación del pago de la deuda externa fue la reaparición de los flujos de capitales en América Latina. Sin embargo el incremento de los flujos de capitales generó otros problemas. Una parte importante de los capitales que llegaron a la región fueron

inversión extranjera directa, pero esta se localizó en Argentina, Brasil, México y Chile; los montos de inversiones que llegaron a los otros países fueron menores, aunque naturalmente, en general, todos los países de América Latina y el Caribe se beneficiaron de esos flujos de inversión directa. Pero el monto más importante de flujos externos se dirigió a los mercados de capitales con un importante grado de volatilidad.

Un problema de particular importancia en la región es el desempleo. Los sectores que más fuerza de trabajo han utilizado en los años 80 han sido los sectores menos dinámicos y con menor productividad, como la agricultura y las actividades informales. Las empresas privadas grandes y medianas y el sector público han contribuido poco a la absorción de fuerza de trabajo. Y esto naturalmente tiene consecuencias en la calidad del empleo que se ha generado, porque es empleo inestable, de menor calidad, de baja productividad y que genera menores ingresos.

Como resultado nos encontramos que al final de los 90, en la mayoría de los países de América Latina, la situación del desempleo abierto en los sectores urbanos es peor que al inicio de la crisis. Solamente un número reducido de países muestra un mejoramiento de la situación del desempleo, Bolivia entre ellos. En términos de salarios reales, en la mayoría de los países también la situación es peor; o sea, en muchos países no solamente ha habido un deterioro del empleo, sino también un deterioro de los salarios reales. Tan sólo en Chile y Colombia han habido mejoras en la situación del empleo y mejoras en los salarios reales.

Como consecuencia de todo lo anterior, América Latina llega a los 90 con una situación de mayor desigualdad que la que teníamos en los años 80. Solamente mejoró la distribución del ingreso en dos países: Uruguay y Colombia. En el resto de los países la situación empeoró, lo cual implica un mayor reto para la integración social y la equidad.

Las razones que explican ese pobre desempeño en materia de empleo y equidad en América Latina son las siguientes:

Hay un problema estructural importante en términos de productividad; es la tan conocida heterogeneidad productiva. En América Latina la productividad en general es baja, pero además es muy dispersa. No hemos sido capaces de incorporar adecuadamente el proceso técnico a los procesos productivos; por ello todavía hay muchas unidades económicas que están trabajando con tecnologías de hace 50 o 100 años, en el sector agrícola, por ejemplo. Pero al mismo tiempo hay un número - muy reducido por cierto - de empresas que está trabajando con niveles tecnológicos de punta, y que lograr competir con cualquier empresa en el mundo. Sin embargo, en general, tenemos un problema de baja productividad. Y junto con el estancamiento económico en la década de los 80 se estancó también la productividad. Con baja productividad no es posible generar empleos productivos.

Además de los problemas de baja productividad tenemos ritmos de inversión también bajos. Sabemos que la evolución de la inversión bruta en América Latina ha sido tradicionalmente insuficiente, pero además tuvo un enorme deterioro en la década de los 80, aunque luego se fue mejorando. En los 90 la inversión ha mejorado en la mayoría de los países, pero sin embargo los ritmos no son suficientes; en el caso de Bolivia, por ejemplo, hay un incremento importante en la inversión, comparando los periodos 80-89 y 90-93, pero sigue siendo insuficiente.

De la mano del problema de inversión tenemos un problema de ahorro. Es decir, para que haya recursos para poder invertir tenemos que generar suficiente ahorro. En América Latina no hemos sido capaces de generar suficiente ahorro; de hecho, los procesos de inversión en nuestra región han sido fundamentalmente complementados por el ahorro externo. Ha sido el ahorro externo el que ha contribuido a la inversión de manera determinante generando, naturalmente, problemas de endeudamiento.

Esta incapacidad de generar ahorro para la inversión se ve reflejada en los indicadores de ciencia y tecnología. No podemos tener desarrollo productivo en América Latina capaz de generar el empleo que necesitamos si no mejoramos nuestra productividad, y no lo podemos

hacer mientras mantengamos bajos niveles en los indicadores de ciencia y tecnología. Comparando América Latina con los países desarrollados en algunos indicadores de ciencia y tecnología, vemos lo mal que estamos. Por ejemplo, los años de escolaridad promedio de las personas: en América Latina la escolaridad de la gente que tiene más de 15 años es en promedio 4.3 años, frente los 11 años de los países desarrollados.

Los gastos en educación, como proporción del PIB, alcanzan a 3.5 por ciento en América Latina, frente a 5.5 por ciento en los países desarrollados. Respecto a graduados universitarios; en América Latina tenemos 156 por cada 1.000 habitantes frente a 592 en el mundo desarrollado. Concretamente, los ingenieros y científicos, por cada 100.000 habitantes de la población económicamente activa alcanzan a solamente 99 en América Latina frente a 650 en los países desarrollados. Los gastos en investigación y desarrollo, como porcentaje del PIB, son el 0.5 por ciento en América Latina, frente al 2.6 por ciento en los países desarrollados. Mientras que más de la mitad de los gastos de investigación y desarrollo son financiados por la empresa privada en los países desarrollados, en América Latina lo son tan sólo una quinta parte. Estos indicadores nos muestran lo difícil que es para nosotros generar los empleos productivos que necesitamos.

Ahora bien, ¿qué problemas tiene el tipo de crecimiento económico que hemos tenido a partir del año 90?. En la mayoría de los países la pobreza aumentó. La evolución del empleo no ha sido suficientemente dinámica, pero lo que es peor, tener empleo formal y un salario ya no le garantiza a uno eludir la pobreza pues hay pobres aun entre las personas que trabajan en el sector formal y el sector público. Por ejemplo, en Bolivia vemos que el 30 por ciento de los asalariados del sector público son pobres; el 40 por ciento de los empleados de empresas con más de 5 ocupados, son pobres; naturalmente la situación empeora cuando vemos la pequeña y microempresa. Ahí el 51 por ciento es pobre. Y son pobres el 30 por ciento de los empleados domésticos y también el 41 por ciento de los trabajadores independientes que son profesionales y técnicos. Las características que tienen los empleos que se están creando en los

últimos años, hacen que tener trabajo no implique salir o alejarse de la pobreza.

Otro asunto muy importante son los factores vinculados a la pobreza. La percepción de la gente al respecto muestra que los más importantes son los bajos ingresos laborales y el escaso capital educativo. En Bolivia el 67 por ciento de los hogares pobres explica su situación por tener un bajo ingreso, que normalmente se debe a un bajo capital educativo; en el 41 por ciento de esos hogares dicen que ese bajo capital educativo es el único factor que explica su situación de pobreza. Y otros factores importantes mencionados son el desempleo de uno o más miembros de la familia ya que se espera que en cada hogar trabaje más de una persona; pese a ello la carga familiar para los que trabajan es muy elevada. Así un 26 por ciento de los hogares pobres en Bolivia explica su situación de pobreza por la combinación de tener trabajos en los que se gana poco porque se tiene escaso capital educativo y las altas cargas familiares.

Si comparamos entre distintos países la evolución que ha habido en términos económicos y evolución habido en términos de superación de la pobreza, tenemos estos resultados. Chile ha sido un país con un notable dinamismo económico, por ejemplo superior al de Uruguay, pero en Uruguay ha habido una mayor reducción de la pobreza debido a que han tomado otro tipo de políticas públicas que han ayudado directamente a reducir la pobreza y a mejorar la distribución del ingreso. En Chile, en cambio, se ha dependido más del crecimiento económico. En otros países, un factor importante para la reducción de la pobreza ha sido la superación de problemas inflacionarios, tal el caso de México, Brasil y Perú.

Como parte de los procesos de estabilización, ajuste estructural ha crecido la importancia de los mercados en la asignación de recursos, y se logró generar un consenso acerca de la necesidad de repliegue del Estado. Y si bien cambió la relación entre el Estado y la economía en el campo de las acciones sociales la participación del Estado en lugar de

disminuir, aumentó alcanzando en los 90 los niveles que se tenían a inicios de los años 80.

Pero también hay diferencias entre países. En algunos, el gasto social está aumentando aunque todavía no llega al nivel de principios de los 80; en otros países el comportamiento del gasto social es poco fluctuante. Pero, lo importante aquí es que al contrario de lo que se pensaba, que los gobiernos no estaban haciendo suficientes esfuerzos en materia de gasto social, efectivamente el gasto social se está recuperando en América Latina y el Caribe. Y lo que es más, el gasto social se recuperó aun en situaciones en que el gasto público total, como porcentaje del PIB, se estaba reduciendo. Es cierto que en muchos países de la región hubo una contracción del gasto público, producto del ajuste fiscal; sin embargo, aún en esa situación los gobiernos privilegiaron, en la mayoría de los países, el gasto social. Y los sectores sociales más beneficiados fueron: educación, salud y previsión social.

Ciertamente es muy diversa la situación del gasto social como proporción del PIB en los distintos países de América Latina. Por ejemplo en el Uruguay el gasto social alcanza casi al 24 por ciento del PIB, mientras que en Honduras, Paraguay, Bolivia, El Salvador y Guatemala es inferior al 10 por ciento. ¿Cuánta plata es eso? En el Uruguay estamos hablando de unos 650 dólares per cápita; en los países más pobres son menos de 100 dólares per cápita anuales en gasto social. Entonces, a pesar del esfuerzo, los montos son ciertamente limitados, modestos para el nivel del desafío que tenemos cuando vemos que los países desarrollados que menos destinan a lo social gastan 3.600 dólares per cápita frente a los 425 que gastan en América Latina los países que más destinan a lo social.

Volviendo al tema de la calidad del crecimiento que ha tenido la región desde los 90, encontramos que ese crecimiento ha tenido un débil impacto en la generación de empleo y en la calidad del empleo. Una de las razones de ello es la inestabilidad del crecimiento en los 90: unos años se crece mucho, otros años menos, ya sea por problemas en los mercados

externos, por desastres naturales, por problemas de política, etc. Una variedad de razones ha hecho que el crecimiento no sea sostenido.

La mayoría de los países ha tenido un crecimiento inferior al 4 por ciento, que ha sido estable. Otro grupo más reducido de países ha tenido un crecimiento alto, superior al 4 por ciento, pero inestable. Y solamente en cinco países, entre los cuales está Bolivia, el crecimiento en los 90 ha sido alto, tomando como superior al 4 por ciento como alto, y estable.

Por otro lado, ha habido un incremento de la diferencia de ingreso por categoría de ocupaciones, que genera mayor desintegración social. Comparando los ingresos de distintas categorías de asalariados profesionales y técnicos, asalariados públicos, de empresas grandes y de trabajadores de sectores de menor productividad, tenemos que los profesionales y técnicos en Bolivia, en el año 94, ganaban siete veces la línea de pobreza. Los asalariados en las empresas grandes ganaban 3.9 veces línea de pobreza, y los trabajadores en los sectores de baja productividad apenas 2 veces la línea de pobreza. Si combinamos esto con el tamaño de los hogares y el número de personas por hogar empleada, se explica por qué la gente no puede salir de la situación de pobreza. Y resulta que los profesionales y técnicos ganan casi 2 veces lo que gana el siguiente grupo, y triplica lo que gana el otro grupo, que son los que trabajan en la producción. Esta situación, ciertamente, no puede contribuir a que haya una mayor integración social; por el contrario, incrementa las desigualdades y la consiguiente tensión social.

La integración social es demasiado baja en América Latina, y esto se complica más en una situación de globalización, en la cual hay una homogeneización de las aspiraciones de consumo. Ahora, a través del cable, millones de personas tienen acceso a una oferta de bienes y servicios, que no pueden satisfacer con sus propios medios; y esto genera graves problemas de frustración, que además aumentan la situación de marginación simbólica y de desintegración social.

Este es el panorama de la región, en términos de desarrollo y equidad. América Latina ha crecido dinámicamente desde los 90; sin embargo, a pesar de que hemos hecho algunos progresos en materia de superación de la pobreza la tarea pendiente sigue siendo la equidad. Y la equidad es fundamental para la integración social y también para asegurar un conocimiento sostenido. Uno de los factores por los cuales el modelo anterior hizo crisis fue lo inequitativo de la distribución del ingreso en esas tres o cuatro décadas de gran dinamismo económico cuyos resultados fueron distribuidos de una manera muy concentrada. Y esto, efectivamente, incubó los problemas económicos y sociales que afloraron en la región cuando se presentó la crisis económica. Dinamismo económico con equidad sigue siendo la tarea pendiente de América Latina, y el reto es importante.